

Rocío Rueda

EL CORAZÓN Y LA ESPADA



ANAYA

1.ª edición: octubre 2015

© Del texto: Rocío Rueda, 2015
© Ilustración de cubierta: Albert Asensio, 2015
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-0667-8
Depósito legal: M-24834-2015
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Rocío Rueda

El corazón y la espada

ANAYA

*Para todas las personas que, como Jimena,
no renuncian a sus sueños.*

1

El sol comenzaba a ocultarse cuando el jinete atravesó la parte más profunda del valle. Después de detener su caballo, contempló el estrecho desfiladero que había dejado atrás.

Aunque había recorrido la parte más peligrosa del camino, todavía debía cabalgar durante varias horas si quería alcanzar su destino esa misma noche. De otro modo, no podría mantener aquel viaje en secreto, algo necesario para esclarecer el asunto que llevaba horas atormentándole.

Él era uno de los caballeros más respetados de todo el reino y sería difícil justificar su ausencia en el enlace del rey que tendría lugar en tan solo dos días. Pero la extraña carta que había recibido el día anterior le impedía cumplir con sus obligaciones. Su intuición nunca le había engañado y ahora sentía que un gran peligro acechaba a todo el reino.

Por el momento, solo sabía que una de las personas que más apreciaba, y en quien más confiaba, necesitaba verle con urgencia. Por eso llevaba todo el día cabalgando sin cesar. Él conocía demasiado bien a aquel hombre como para saber que si había actuado de aquella manera tan extraña, era porque realmente necesitaba su ayuda. Además, había insistido en que aquel viaje se mantuviera en secreto y ese

hecho era suficiente para intuir que algo grave estaba sucediendo.

Unas horas más tarde, la luz de la luna le permitió ver que había llegado a su destino.

A diferencia de todas las veces que había visitado aquel mismo lugar, sintió cierta incertidumbre al contemplar la fachada del monasterio. El hombre se apresuró a bajar del caballo para golpear con fuerza en una enorme y pesada puerta de madera en la que, segundos más tarde, se abrió una pequeña trampilla.

—Gonzalo de Montalvo —dijo él con voz seria.

Tal y como esperaba, aquellas palabras fueron suficientes para que pudiera pasar al interior. Después de recorrer un interminable y angosto pasillo, llegó a una pequeña sala donde le esperaba la persona por la que había cabalgado hasta aquel lugar.

—Por fin estás aquí —señaló aquel hombre una vez que pudo ver el rostro del caballero.

Gonzalo de Montalvo acudió a su encuentro mientras fijaba la atención en los ojos de su viejo amigo. Su expresión era seria y su mirada reflejaba que no se había equivocado. Luego observó el pergamino que sujetaba entre las manos sin saber que aquel trozo de papel estaba a punto de cambiar no solo su vida, sino la de todas las personas que le importaban.

2

Jimena fijó su vista en el horizonte antes de detener sus pasos junto a un pequeño arroyo.

A pesar de que el otoño estaba ya bastante avanzado, el sol lucía con fuerza a esas horas de la tarde. Consciente de que no podría disfrutar de muchos más días como aquel, Jimena avanzó hasta un lugar donde el arroyo se transformaba en un pequeño lago. Luego, comenzó a quitarse la ropa. Aquel lugar no estaba muy lejos del castillo pero ella sentía que le pertenecía por completo. Era como un pequeño refugio donde podía esconderse del resto del mundo por lo que disfrutaba de cada minuto que pasaba allí.

Aun cuando el otoño estaba siendo más caluroso de lo que era normal para aquella época del año, Jimena notó que la temperatura del agua había descendido considerablemente. Después de nadar durante varios minutos, decidió salir del agua al sentir que su cuerpo comenzaba a acusar los efectos del frío.

Una vez fuera, se puso parte de la ropa y se tumbó sobre la hierba. Mientras los rayos de sol calentaban de nuevo su cuerpo, pensó en el acontecimiento que tendría lugar en pocos días. Ella sabía que aquel suceso le privaría de disfrutar

momentos como estos pero también le permitiría reencontrarse con alguien a quien extrañaba cada día. ¿Por qué el destino se empeñaba en mantenerla separada de las personas a las que quería?

Pero ella no estaba dispuesta a darse por vencida. Durante los últimos meses una idea había comenzado a tomar forma en su cabeza y cada vez estaba más segura de poder llevarla a cabo.

«Dentro de muy poco... nadie volverá a decidir por mí», se dijo a sí misma mientras se levantaba, ya que debía emprender el camino de regreso al castillo si no quería ser descubierta. Además, pronto anochecería y era peligroso transitar aquella zona.

Después de varios minutos, llegó a una explanada desde la que ya podía observarse la muralla que marcaba el límite oeste del castillo.

Su viejo amigo Ramiro le había asegurado que había otros castillos muchos más grandes, pero ella estaba segura de que ningún otro podía ser igual de imponente que aquel en el que había pasado los últimos diez años.

Como la mayoría de aquellas fortificaciones, estaba construido sobre una colina que dominaba todo el entorno, algo necesario para garantizar la protección de todos sus habitantes.

En vez de dirigirse a la zona de acceso, Jimena avanzó unos metros en dirección contraria hasta llegar a unos pequeños matorrales que crecían próximos a la muralla. Después de asegurarse de que se encontraba completamente sola, los apartó con sus manos para dejar a la vista una pequeña gruta de apenas medio metro de diámetro. Luego introdujo su cuerpo por la estrecha abertura hasta desaparecer por completo.

Mientras avanzaba por aquel estrecho túnel, la joven percibió que cada vez le resultaba más difícil recorrer aquella distancia. Su cuerpo había ido cambiando durante los últimos años, algo que apenas se percibía bajo aquel desgastado vestido.

Aunque la mayoría de las jóvenes de su edad se esforzaban por cuidar su aspecto, ella estaba más interesada en descubrir todo lo que el mundo podía ofrecerle. Y eso le hacía apreciar tanto la existencia de aquel pasadizo oculto. Gracias a él podía entrar y salir del castillo con total libertad. Además, le apasionaba poseer un secreto que tan solo ella y su viejo amigo Ramiro conocían.

Después de varios minutos, el pasadizo finalizó y Jimena apareció al otro lado de la muralla, sin que nadie pudiera advertir que, poco antes, ella se encontraba en el exterior del castillo. Luego miró a su alrededor para comprobar que ninguna persona pudiera percatarse de su repentina aparición. Conocía perfectamente el riesgo que podía correr el castillo si la existencia de aquella entrada oculta llegaba a oídos de cualquier enemigo. Ramiro le había revelado la forma de entrar y salir del castillo sin ser visto, pero también se había encargado de hacerle entender la importancia de mantenerlo en secreto.

Jimena esperó el momento oportuno para dirigirse nuevamente a la zona desde la que podría acceder a sus aposentos. Debía cambiarse de ropa antes de que Teresa viera el estado de su vestido. Ya había incumplido todas sus obligaciones esa tarde, así que no quería ni imaginar su reacción, si además comprobaba que había salido del castillo.

Una vez que llegó a la torre, suspiró satisfecha. Solo debía recorrer unos metros más y estaría a salvo en su habitación. Pero en el preciso instante en que dejó atrás el último cambio

de dirección, vio que Teresa avanzaba hacia ella. Jimena miró hacia atrás y se dio cuenta de que no tenía tiempo de retroceder sobre sus pasos sin que la nodriza la descubriera. Sin saber muy bien cómo actuar, abrió la puerta situada más cerca de ella y pasó al interior.

Era una suerte que aquella parte estuviera prácticamente deshabitada.

La joven miró a su alrededor y observó asombrada que la estancia era totalmente diferente a su habitación. No solo era mucho más grande sino que contaba con todo tipo de lujos algo que solo podía significar que se había acondicionado para un invitado muy especial.

Consciente de que debía haberse ocultado en uno de los aposentos preparados para la inminente llegada del rey, se dispuso a salir rápidamente de allí antes de que sus acciones pudieran ocasionarle algún problema mayor que las reprimendas de Teresa.

—¿Aún no habéis encendido la chimenea? —preguntó una voz a su espalda.

Por un momento, Jimena no supo cómo actuar. Dado su atuendo, debían haberla confundido con una sirvienta así que no tuvo más remedio que fingir que realmente lo era.

—Ahora mismo me disponía a hacerlo, mi señor —aseguró ella mientras contemplaba el rostro del desconocido que la miró con desconfianza, ya que la joven parecía no saber cómo hacer su trabajo.

Jimena se preguntó quién sería aquel hombre. Desde luego, era la primera vez que lo veía en el castillo, por lo que su presencia se debía al enlace que tendría lugar en dos días. Sin duda, pertenecía a la nobleza. Aunque vestía de un modo poco elegante, su porte era distinguido. Bastaba verle

caminar por la habitación para adivinar que no era un simple caballero.

Después de varios minutos, en los que el desconocido tampoco apartó su vista de la muchacha, Jimena consiguió encender el fuego. Luego se alejó de la chimenea con la intención de salir inmediatamente de allí.

—Vuestro vestido está mojado —señaló el hombre, lo que la obligó a detenerse nuevamente.

—Derramé una jarra de agua sobre él cuando estaba en la cocina —mintió la joven sin atreverse a elevar la cabeza.

—Quizá desees secarte junto al fuego antes de continuar con tus obligaciones —añadió el desconocido mientras se acercaba a ella y elevaba su barbilla para examinar detenidamente su rostro. Había algo desconcertante en aquella sirvienta.

Jimena contuvo la respiración y trató de tranquilizarse.

Si quería llevar a cabo sus planes, debía aprender a ocultar su identidad, así que aquello serviría para averiguar si ya estaba preparada.

El caballero miró sus manos y vio que eran más delicadas de lo que cabría esperar en una criada. Aún así, estaban llenas de arañazos y cortes. Eso lo confundió.

—Debo regresar a mis obligaciones —se excusó Jimena—. Todo debe estar preparado para la llegada de nuestro rey.

—¿No resulta extraño que el monarca haya decidido contraer matrimonio precisamente en este castillo? —preguntó el desconocido.

—No nos corresponde a nosotros cuestionar sus decisiones —respondió ella desconcertada—. Además, dudo que haya otro lugar mejor —añadió con determinación.

El caballero la miró fijamente mientras pensaba si aquella respuesta era sincera o se debía exclusivamente a que la muchacha no quería contrariarle.

Después de apreciar que el desconocido parecía dudar de sus palabras, Jimena le tomó del brazo para conducirlo a una pequeña ventana situada en un rincón de la estancia.

—Si os acercáis a cualquiera de las almenas —le dijo a continuación—, y fijáis vuestra vista en el horizonte, comprobaréis por qué este lugar es especial.

El hombre contempló el rostro de la joven y supo que era sincera.

—Aún así —insistió él—, no me negaréis que es demasiado joven para dirigir un reino, —aquella afirmación enojó a Jimena que lo miró con reprobación.

—Es nuestro rey y eso debería bastaros —añadió ella enfadada—. En este momento hay cientos de caballeros luchando por él y por defender nuestro reino mientras que vos disfrutáis del calor de esta chimenea, así que no deberíais juzgarle con tanta ligereza —El caballero la miró sorprendido—. Ahora, si me permitís, tengo muchas obligaciones que cumplir —señaló antes de salir de la habitación con gesto airado.

El desconocido estuvo tentado de correr tras la muchacha para seguir conversando con ella. Sin duda, su respuesta le había intrigado y quería saber si sus palabras se debían a su valentía o a su inconsciencia, ya que una sirvienta jamás debía contrariar a un caballero de aquella forma. Eran muy pocas las personas que conseguían sorprenderle y, desde luego, ella lo había hecho. Por eso esperaba tener la ocasión de encontrarse nuevamente con la sirvienta.

Una vez fuera, Jimena se dio cuenta de que se había comportado de una forma demasiado impulsiva. Pero aquel

hombre había jurado fidelidad al rey y, en vez de apoyar sus decisiones, se atrevía a cuestionarlas. Su padre también tenía sus diferencias con el soberano y eran muchas las ocasiones en las que había rebatido sus órdenes. Aun así, siempre había aceptado sus decisiones finales tal y como obligaba su juramento de caballero. Sin embargo, ella sabía que su comportamiento no había sido el de una sirvienta y eso podía haberle acarreado complicaciones. En el futuro debía aprender a controlar mejor sus reacciones si quería conseguir sus propósitos.

Jimena se encaminó de nuevo hacia sus aposentos, segura de sí misma, sin ni siquiera sospechar que su vida estaba a punto de cambiar por completo y, sobre todo, de que llegaría un día en que el fortuito encuentro que acababa de mantener alteraría por completo su destino.

La joven Jimena, hija del caballero Gonzalo de Montalvo, permanece en el castillo de la villa de Saldaña al cuidado de su nodriza Teresa, hasta que su padre vuelva del campo de batalla. La joven sueña con un futuro muy diferente al que le espera entre los muros del castillo.

La elección de la villa de Saldaña para celebrar los esponsales del rey de Castilla cambiará los planes de Jimena. Ya que, debido a una conspiración contra el monarca, se verá obligada a huir, no solo para salvar la vida, sino para limpiar el nombre de su padre.

¿Conseguirá sobrevivir sola y luchar para que se esclarezca la verdad?



1525178



ANAYA

www.anayainfantiljuvenil.com